

y blanco, descarnadas las manos é inertes sobre las rodillas.

El procurador dijo en Lisboa que el viejo no viviría un año.

III

Pero pasó aquel año y otros años pasaron.

Una mañana de Abril, en vísperas de Pascua, Villaça llegaba de nuevo á Santa Olavia.

No le esperaban tan pronto, y como era el primer día hermoso de aquella primavera triste, los señores estaban en el jardín. El mayordomo, Teixeira, que iba encaneciendo, mostróse satisfecho de ver al señor administrador con quien á veces se carteaba, y llevóle al comedor donde la vieja ama de llaves, Gertrudis, cogida de sorpresa, dejó caer unas servilletas para darle un abrazo.

Las tres puertas vidrieras estaban abiertas y por ellas se veía la terraza, iluminada por el sol, con su balaustrada de mármol, cubierta de enredaderas; y Villaça, bajando los escalones que conducían al jardín, casi no reconoció á Alfonso de Maia en aquel viejo de nevada barba, pero robusto y colorado, que seguía una avenida de álamos, llevando á su nieto de la mano.

Carlos, al ver en la terraza á un desconocido con sombrero de copa y tapabocas de paño, se adelantó

con curiosidad á mirarlo y se sintió arrebatado por los brazos del buen Villaça que dejaba el quitasol y le besaba diciendo:

—¡Oh, niño, niño mío! ¡Qué lindo es! ¡Cuánto ha crecido!...

—¿Sin avisar, Villaça?— exclamó Alfonso de Maia, llegando con los brazos abiertos.—¡No le esperábamos aún esta semana, hombre!

Abrazáronse los dos viejos; luego, al cabo de un instante, volvieron á encontrarse sus ojos húmedos y conmovidos y se abrazaron de nuevo.

Carlos á su lado, muy serio, esbelto, con las manos enterradas en los bolsillos de los anchos pantalones de franela blanca, el casquete de igual tela puesto de lado sobre los rizados cabellos negros, continuaba mirando á Villaça que con el labio trémulo se limpiaba los ojos por debajo de los lentes.

—¡Y nadie fué á esperarle, ni un criado junto al río!—decía Alfonso.—En fin, ya le tenemos aquí... ¡Y qué firme está usted, Villaça!

—¡Y Su Excelencia, señor!—balbució el administrador, tragando un sollozo.—¡Ni una arruga! El pelo blanco sí; pero tiene la cara de un joven... No le conocía siquiera... Cuando recuerdo la última vez que le ví... ¡Y este niño!... ¡Esta linda flor!...

Iba á estrechar de nuevo á Carlos, pero el rapaz huyó soltando una alegre carcajada, saltó á la terraza, subió á un trapecio, se dió aire, y balanceándose en cadencia, fuerte y airoso, gritó: "¡Eres Villaça!,"

Y éste, con el quitasol bajo el brazo, contempláballo embebecido.

—Está muy crecido; da gusto verle. Se parece á su padre. Los mismos ojos, los ojos de los Maias, el cabello ensortijado... Pero será mucho más alto.

—Y muy sano y robusto—contestaba risueño el

viejo.—¿Y cómo está su hijo Manuel? ¿Cuándo se casa? Venga usted para acá dentro, Villaça, que tenemos mucho que hablar...

Habían entrado ya en el comedor, donde las llamas del hogar palidecían [ante el sol de Abril. Porcelanas y platas resplandecían en los aparadores de palo santo; los canarios trinaban alegremente.

Gertrudis se acercó con las manos bajo el delantal blanco, familiar y tierna.

—Ya ve usted, señor; por fin ha venido este ingrato á Santa Olavia.

Y con una luz de simpatía en el rostro blanco y redondo como luna llena,

—¡Ah! señor Villaça, ¡ahora esto es otra cosa! Ahora hasta los canarios cantan, y yo cantaría de buena gana si pudiese...

Y salió despacio, conmovida, casi llorando.

Teixeira esperaba sonriendo con sonrisa muda

—¿Creo que preparan el cuarto azul al señor Villaça, eh? —preguntó Alfonso. El cuarto en que usted acostumbraba á dormir, lo ocupa ahora la señora vizcondesa...

Entonces Villaça se apresuró á preguntar por aquella señora. Era una Runá, prima de la esposa de Alfonso, que en el tiempo en que la cantaban los poetas de Caminha, casó con un hidalgo gallego, el señor vizconde Urigo de la Sierra, un borracho, un bárbaro que la pegaba; después, viuda y pobre, recogióla Alfonso por deber de parentela y para que hubiese una señora en Santa Olavia.

Poco antes estuvo enferma... Pero mirando el reloj, Alfonso interrumpió la relación de aquellos achaques.

—Vaya á lavarse, Villaça, que dentro de poco comeremos.

El administrador, sorprendido, miró el reloj y

después la mesa ya preparada con seis cubiertos, un ramo de flores y las botellas de Oporto.

—Entonces, ¿come Su Excelencia ahora á medio-día? Pensé que era el almuerzo...

—No. Carlos necesita seguir un régimen. De madrugada baja ya al jardín, almuerza á las siete y come á la una...

—¡Y el señor don Alfonso mudar de costumbres á su edad!—exclamó Villaça.—¡Lo que puede el ser abuelo!

—¡Bah! ¡Qué importa!... Bien que me prueba. Pero despache, Villaça, dese prisa. A Carlos no le gusta esperar... Tal vez venga el párroco.

—¿Don Custodio? ¡Me alegro! Entonces si V. E. me da permiso...

Apenas en el corredor, el mayordomo que deseaba hablar con él, preguntóle, mientras le desembarazaba del quitasol y de la manta:

—Dígame con franqueza, Villaça, ¿qué le parece de la quinta?

—Me place, Teixeira; estoy contento. Se puede venir por gusto á Santa Olavia.

Y poniendo familiarmente la mano en el hombro del mayordomo, añadió:

—Todo eso se debe al niño; ha resucitado al señor...

Teixeira sonrió respetuosamente. El niño era en realidad la alegría de la casa.

—¡Hola! ¿Quién toca por aquí?—preguntó Villaça, oyendo unos acordes que partían del piso de arriba.

—Es el señor Brown, el inglés, el preceptor del niño... Es muy diestro; da gusto oírle... A veces toca en el salón por las noches y le acompaña el señor juez con el concertino. Aquí, señor Villaça, esta es la habitación de S. S...

— ¡Muy bonita, si señor!

El barniz de los muebles nuevos brillaba á la luz de las dos ventanas sobre la alfombra sembrada de flores azules; y las cortinas y el pabellón de cretona ostentaban las mismas flores azuladas sobre fondo claro. Aquella comodidad fresca y campestre deleitó al buen Villaça.

Luego palpó las cretonas, tocó el mármol de la cómoda, probó la solidez de las sillas. ¿Eran los muebles comprados en Oporto, verdad? ¡Muy elegantes! Realmente no eran caros. Se empinó para examinar dos acuarelas inglesas, representando dos vacas echadas á la sombra de unas ruinas románticas. Teixeira le dijo, mirando el reloj:

—Mire que sólo tiene su señoría diez minutos; no gusta de esperar el niño.

Por fin Villaça se decidió á quitarse el tapabocas; después el grueso chaleco de punto de lana; por la camisa entreabierta, veíanse una franela roja contra el reuma y unos escapularios de seda bordada. Teixeira soltaba las correas de la maleta; en el fondo del corredor resonaba el *Carnaval de Venecia*, á través de las ventanas entreabiertas pasaban el aire de primavera, la frescura, la paz de los campos, el encanto soberano de Abril.

Villaça, sin anteojos, un tanto enternecido, pasábase la toalla mojada por el pescuezo, por detrás de las orejas, y decía:

—¿De modo que Carlitos no gusta de esperar? Ya se sabe; él gobierna. Mimos y más mimos, ¿verdad?...

Teixeira, muy grave y serio, desengañó al señor administrador. ¿Mimos y más mimos? Había sido educado con una rigidez de hierro. ¡Si supiera el señor Villaça! Aun no tenía cinco años cuando ya dormía en su cuarto, solo, sin luz, y por las mañanas

¡zás! dentro de un baño frío aun cuando helara... Y otras barbaridades. Si no se supiera lo mucho que quería el abuelo al chiquitín dijérase que quería su muerte... Parece que es el sistema inglés. Dejábanle correr, subirse á los árboles, mojarse, tomar el sol, como al hijo de un pelagatos. Además, gran rigor en las comidas. Sólo á ciertas horas y de ciertas cosas... Mucha, mucha dureza.

Y Teixeira añadió:

—Gracias á Dios, está robusto. Pero ni Gertrudis ni yo, aprobaremos nunca la educación que se le ha dado.

Miró otra vez el reloj, dió unos pasos lentos por el cuarto, cepilló el gabán del procurador, y continuó, en tanto que Villaça procuraba taparse la calva con los largos cabellos que le quedaban á los lados de la cabeza:

—¿Sabe Su Señoría lo primero que le enseñó el maestro inglés? ¡A remar! ¡A remar como un barquillero, señor Villaça! Esto sin contar con el trapecio y otras habilidades de payaso... Soy el primero en reconocer que Brown es una buena persona, callado, limpio, excelente músico; pero ya se lo dije á Gertrudis: "Podrá ser muy bueno como inglés, pero no sirve para enseñar á un hidalgo de Portugal...". No sirve... Pregunte usted su opinión á doña Ana Silveira...

Llamaron con suavidad á la puerta. Entró un criado que hizo una seña á Teixeira y le habló un momento al oído, mientras Villaça continuaba luchando contra su pelo rebelde.

Teixeira dijo desde la puerta:

—Le quedan dos minutos, señor Villaça.

Este bajó instantes después, abrochándose el frac por la escalera.

Ya estaban los comensales en el comedor. Junto á la chimenea Brown leía el *Times*. Carlos, á caballo en las rodillas del abuelo, contábale un cuento de muchachos y golosinas. Junto á ellos estaba el buen don Custodio con el pañuelo del rapé en la mano, escuchaba boquiabierto, con sonrisa paternal y enternecida.

—Mire quien ha llegado, reverendo—dijole Alfonso.

Volvióse el sacerdote y exclamó, dándose una gran palmada en el muslo:

—¡Buena es esa! De modo ¿que aquí ha venido á vernos?... ¡Y yo nada sabía!... ¡Vaya unas sorpresas!...

Carlos jugaba en las rodillas de su abuelo y contemplaba con curiosidad los abrazos que cambiaban los dos viejos. Mientras se miraban y reconocían ambos, Alfonso dijo:

—¡Villaça! ¡La señora vizcondesa!...

El administrador la buscó en vano por la sala. Carlos reía palmoteando. Y Villaça la vió por fin en un rincón, entre el aparador y la ventana, sentada en una sillita baja, vestida de negro, tímida y quieta, con los rechonchos brazos sobre la falda que marcaba su obesidad. Tenía la cara fofa y pálida, que de pronto se le cubrió de rubor. No habló una palabra para dar la bienvenida á Villaça y alargóle la mano, regordeta y blanca, con un dedo envuelto en un pedazo de seda negra. Luego se dió aire con un gran abanico de lentejuelas, respirando con fatiga, fija á la vista en el regazo, como exhausta por aquel esfuerzo.

Dos criados empezaban á servir la sopa y Teixeira esperaba, perfilado tras el alto respaldo de la silla de Alfonso.

Pero Carlos no soltaba al abuelo; quería contarle

otra historia... Vino Manuel, que trafa una piedra en la mano... El no quería reñir... pero los dos arrapiezos se le mofaron... y entonces les corrió á todos...

—¿Eran mayores que tú?

—Tres mozos, abuelo, puede preguntarlo á la tía Petra que estaba en la era... Uno de ellos tenía una hoz...

—Está bien, señor, está bien... quedamos enterados... Bájate, que se enfría la sopa... ¡Upa! ¡upa!

Y el viejo, con su aspecto resplandeciente de patriarca feliz, se sentó á la cabecera de la mesa y dijo sonriendo:

—Pesa como un plomo; ya no se le puede sentar uno en las rodillas.

Se fijó entonces en Brown y levantándose de nuevo, hizo la presentación.

—El señor Brown, el amigo Villaça... Les pido perdón de mi olvido; pero tuvo la culpa aquel caballero que está en el otro extremo de la mesa, don Carlos Matasiete.

El preceptor, sólidamente encerrado en un gabán militar, dió la vuelta á la mesa, rígido y tieso para sacudir á Villaça por medio de un tremendo *shakehands*; luego, sin hablar, volvió á su sitio, desdobló la servilleta, retorció los bigotazos y entonces fué cuando dijo á Villaça con un marcado acento inglés:

—*¡Muy bello día... glorioso!*

—Sí, muy hermoso—contestó Villaça saludando, intimidado por aquel atleta.

Se habló del viaje á Lisboa, del buen servicio de postas, del ferrocarril que se iba á construir. Villaça ya vió el tren en Carregado.

—¿Debe causar pavor, verdad?—preguntó el párroco.

El excelente varón no salió nunca de Resende y el ancho mundo, que se reducía para él á la penumbra de la sacristía y á los árboles de su huerto, le inspiraba un terror indecible. Sobre todo, aquel camino de hierro del que tanto se hablaba...

—Asusta un poco—afirmó Villaça convencido.— Digan lo que quieran, asusta.

Pero al párroco le horrorizaban, ante todo, las inevitables desgracias de aquellas máquinas.

Villaça recordó las catástrofes de las sillas de posta. La de Alcobala, en que perecieron dos hermanas de la caridad. En fin, de todos modos, había peligro. Hasta paseando por el cuarto se podía uno romper la pierna...

No era enemigo del progreso el párroco; hasta se le antojaba necesario; pero parecía que se iba hartando aprisa... El párroco no estaba para tales inventos; lo conveniente era tener buenas carreteras.

—Y economías—agregó Villaça, sirviéndose pimientos.

—¿Bucellas? (1)—murmuró á su oído el criado.

El administrador levantó la copa, admiró lo hermoso del vino al trasluz, lo probó y dijo sonriendo á Alfonso:

—¡Es del nuestro!

—Del rancio. Pregunte á Brown. ¿Verdad, Brown, que es buen vino?

—*Magnificent!*—exclamó el preceptor con fogosa energía.

Entonces Carlos, alargando su copa, reclamó también Bucellas. Dijo que era fiesta por haber llegado Villaça. El abuelo no accedió; bebería su copa de Collares, como de costumbre, y una sola. Carlos cruzó los brazos sobre la servilleta que le colgaba

(1) Vino famoso en Portugal

del cuello, espantado de tanta injusticia. ¿Ni para festejar á Villaça se le permitía un sorbo de Bucellas? Vaya un modo de recibir á los huéspedes de la quinta... Gertrudis le dijo que cuando viniera el administrador le pondría el traje negro de terciopelo á la hora del té. Y ahora le decían que no era fiesta... que no había Bucellas... No lo entendía...

El abuelo, que le escuchaba embelesado, puso de pronto cara seria.

—Paréceme que el señor habla de más. Sólo las personas mayores hablan en la mesa.

Carlos fijó la vista en el plato, murmurando en voz baja:

—Está bien; no te enfades, abuelo. Esperaré á ser crecido.

Todos se sonrieron. La misma vizcondesa, deleitada, agitó graciosamente el abanico; el párroco, con la faz extasiada, miraba al niño y apretaba sus manos peludas contra el pecho, y Alfonso tosía detrás de la servilleta como limpiándose las barbas; pero ocultando en realidad la risa, la admiración que le brillaba en los ojos.

Tanta vivacidad sorprendió también á Villaça. Quiso oír más al niño y preguntó:

—Y dígame, Carlitos, ¿adelanta en sus estudios?

El niño, sin mirarle, se echó hacia atrás, metió las manos en los bolsillos y dijo en tono de suficiencia:

—Ya hago trotar á *Brígida*.

Entonces el abuelo sin contenerse, echóse á reír y exclamó:

—¡Esa es buena! ¡Jel! ¡Jel! ¡Ya hace trotar á *Brígida*! Es verdad, Villaça, la hace trotar... Pregunte á Brown. ¿Verdad, Brown? Es una yegua muy viva...

—¡Abuelo!—dijo Carlos muy excitado;—díselo al

señor Villaça, anda. ¿Verdad que soy capaz de guiar el *dog-cart*?

Alfonso adoptó un continente severo.

—No lo niego... Tal vez lo guiase si se lo permitieran. Pero hágame el favor de no alabarse de sus hazañas, porque un buen caballero debe ser modesto. Y, sobre todo, no entierre las manos en los bolsillos.

El buen Villaça, entre tanto, haciendo crujir los dedos, preparaba una observación. Sin duda era una gran cosa montar á caballo con soltura. Pero él quería decir si Carlitos leía ya á Fedro ó Tito Livio...

Villaça, Villaça,—exclamó el párroco con sonrisa de santa malicia;—no se debe hablar aquí de latín á nuestro noble amigo. No lo admite... Dice que el latín es antiguo y que lo antiguo es...

—Sírvasse ahora de ese guiso, padre—replicó Alfonso, que conocía sus gustos—y déjese de latín.

El párroco obedeció con deleite y se sirvió un par de ricas pechugas de gallina con una salsa que sabía á gloria y murmuró:

—Se debe empezar por el latín... es la base...

—No, el latín después—interrumpió Brown con autoridad.—¡Primerero fuerrza! ¡Fuerrza! ¡Músculo! Y repitió, agitando sus puños formidables:

—¡Primerero, músculo, músculo!

Alfonso apoyábale gravemente. Brown estaba en lo cierto. El latín era un lujo de erudito... Nada tan absurdo como empezar por enseñar á un niño en una lengua muerta quien fué Fabio, rey de los Sabinos, los hechos de los Gracos y otros sucesos de una nación extinta, dejándole ignorar en cambio, qué es la lluvia que le moja, cómo se hace el pan que come y las demás cosas del Universo en qué vive

—¿Y los clásicos?—apuntó con timidez el sacerdote.

—¡Qué clásicos! El primer deber del hombre es vivir. Para ello es preciso estar sano y fuerte. Una educación sensata estriba en esto: crear una salud robusta, desarrollar el animal, armarlo de una gran superioridad física... Como si no se tuviese alma...

El alma viene después... El alma es otro lujo, lujo de gente opulenta...

El párroco movía la cabeza horrorizado.

—La instruccioncita es necesaria—replicó.—¿No le parece, Villaça? Verdad que el señor don Alfonso ha visto más mundo que yo; pero la instruccioncilla...

—La instrucción, para un niño, no consiste en recitar: *Tityre tu patulae recubans...* sino saber hechos, adquirir nociones de cosas útiles y prácticas.

Calló y brillándole los ojos, mostró á Villaça á su nieto que hablaba en inglés con Brown. De fijo que le contaba, muy animado, una pelea con algún muchacho. El preceptor aprobaba, retorciéndose el bigote. Y en la mesa los señores, sin mover tenedores ni cuchillos, y detrás de ellos, los criados con la servilleta al brazo, todos, en reverente silencio, admiraban al niño hablando en inglés.

—Muy listo, muy listo,—murmuró Villaça inclinandose hacia la vizcondesa.

La excelente señora asintió, sonriendo. Parecía más gorda así, agazapada en la silla, silenciosa, comiendo siempre, y á cada trago de Bucellas, dábase aire lánguidamente con su abanico negro y lentedo.

Cuando Teixeira sirvió el vino de Oporto, Alfonso hizo una *sauve* en honor de Villaça. Todas las copas se levantaron. Carlos quiso gritar ¡Hurrah! El abuelo le inmovilizó con ademán severo, y en la

pausa alegre que siguió, dijo el pequeño con convicción:

—Me gusta mucho Villaça, abuelo. Villaça es nuestro amigo.

—¡De corazón y por muchos años, señor!—exclamó el viejo, tan conmovido, que apenas podía levantar la copa.

Acababa la comida. El sol había desaparecido de la terraza y el jardín verdeaba en la gran suavidad del aire, bajo el azul del cielo. Las lilas de los jarrones exhalaban un perfume penetrante al que se mezclaba el de la crema quemada que sabía á limón: los criados quitaban platos y copas que de vez en cuando dejaban escapar un tintineo argentino y los albos manteles adamascados ostentaban aquí y allá su blancura entre los reflejos dorados del Oporto y las compoteras de cristal. La vizcondesa, acalorada, abanicábase. El padre Custodio arrollaba distraidamente la servilleta y le relucía la sotana usada en codos y pecho.

Entonces Alfonso, sonriendo tiernamente, hizo un último brindis:

—¡Viva su señoría don Carlos de Matasietel!

—¡Señor abuelo!—exclamó el niño, jugando con unas frutas.

La cabecita de negros cabellos y el viejo rostro de barbas de nieve, se saludaban desde los extremos de la mesa, y sonreían, enternecidos, todos los presentes. Después el párroco, con el palillo en la boca, murmuró las *gracias*. La vizcondesa, entornando los ojos, juntó también las manos. A Villaça, que tenía creencias religiosas, no le gustó ver que Carlos, sin importarle un ardite de las gracias, saltaba de la silla, corría á besar al abuelo y le hablaba al oído.

—¡No, señor! ¡No, señor!—decía el viejo.

Pero el rapaz, estrechándole con fuerza, le daba poderosas razones, con un murmullo de dulce mimo que iba dando una expresión de indulgencia al rostro del anciano.

—Bueno, conste que es por ser fiesta—dijo al fin, vencido.—Vete, vete...

El muchacho rió, batió palmas, agarró á Villaça por los brazos, le zarandéó y se fué cantando con un ritmo improvisado:

—¡Hizo usted bien en venir, bien, bien, bien!... ¡Voy á ver á Teresina, ina, ina, inal!...

—Es la novia—dijo el abuelo levantándose de la mesa.—Ya tiene amores; es la niña de los Silveiras... El café en la terraza, Teixeira.

El día era espléndido, centelleaba la bóveda celeste, sin una nube. Enfrente de la terraza los geranios rojos estaban ya abiertos; la verdura de los arbustos, muy tierna aun, de una delicadeza de encaje, se estremecía al menor soplo: á veces llegaba un vago perfume de violeta mezclado al aroma penetrante de las flores del campo; cantaba el agua cayendo de la cascada, y en las calles del jardín, bordadas de bojés recortados, la arena fina relucía al sol tímido de aquella primavera tardía que iluminaba la quinta, adormecida en aquella hora de siesta, con su luz suave y dorada.

Los tres hombres sentáronse á la mesa del café. Frente á la terraza Brown arreglaba el trapecio para que Carlos se balanceara. Entonces el buen Villaça pidió permiso para volverse de espaldas. No le gustaba ver gimnasia. Bien sabía que no había peligro; pero los caballitos, las paralelas, las anillas, los trapecios le mareaban...

—Me parece imprudente después de comer...

—¿Qué? ¿Balancearse? ¡Mire usted!

Villaça no miró.

—Mire un momento, Villaça—repitió Alfonso.—  
No le hará mal, hombre.

El buen Villaça volvióse con esfuerzo. El niño, muy alto en el aire, con las piernas fijas en la barra y las manos apretadas á las cuerdas, bajaba hacia la terraza, hendiendo el espacio; después se elevaba serenamente, creciendo en pleno sol; sonreía contento; la blusa y los pantalones hinchábanse; y se veía pasar, huir, el brillo de sus ojos muy negros, muy abiertos.

—No, no me gusta—insistió Villaça.—Es imprudente.

Alfonso aplaudió y el reverendo gritó: ¡bravo! ¡bravo! Villaça volvióse también para aplaudir, pero el niño había ya desaparecido; deteníase el trapecio y Brown, volviendo á tomar el *Times* que dejara en el pedestal de una estatua, alejábese hacia el fondo del jardín, envuelto en una nube de humo de su pipa.

—¡Gran cosa es la gimnasia!—exclamó Alfonso, encendiendo otro cigarro.

Villaça afirmó que cansaba el pecho. El párroco, después de beber un sorbo de café y de relamerse los labios, soltó su frase de cajón:

—Esta educación hace atletas; pero no cristianos. Ya se lo tengo dicho...

—Ya se lo tengo dicho—repitió Alfonso riendo.— Me lo dice todas las semanas... ¿Qué le parece, Villaça? Nuestro Custodio no me deja sosegar; quiere que enseñe la cartilla al mocito... ¡La cartilla!...

Custodio quedó un momento mirando con desconuelo á Alfonso. La falta de religión de aquel viejo hidalgo, señor de casi toda su feligresía, le apenaba de continuo.

—La cartilla, sí, señor, aunque su excelencia lo diga en ese tono de mofa... Pero ya no quiero ha-

blar de la cartilla. Hay otras cosas... Si se lo repito tantas veces, don Alfonso, es por el mucho amor que siento por el niño.

Y empezó de nuevo la discusión que se sostenía cada vez que don Custodio iba á la quinta.

Al buen hombre le parecía horroroso que en aquella edad un niño tan crecido, tan rico, heredero de una de las casas más poderosas, no supiera la doctrina. Y contó luego á Villaça la historia de doña Cecilia Macedo. Esta virtuosa señora, esposa del notario, pasando por la puerta de la quinta vió á Carlos y llamándole cariñosamente le pidió que le dijera el *acto de contrición*. ¿Y qué contestó el niño? *Que nunca oyó hablar de aquello*. Estas cosas entristecían. ¡Y á Alfonso le caía en gracia, se reía! Allí estaba ahora Villaça que podía decidir si era cosa de risa. No, don Alfonso había corrido mucho mundo; pero no podría convencerle jamás á él, pobre sacerdote que jamás salió de su aldea, de que hubiese felicidad y buen comportamiento en el mundo sin la moral del catecismo.

Y Alfonso de Maia contestó con buen humor:

—¿Qué le enseñaría usted al muchacho si se lo confiaba? Que no se debe robar ni mentir, ni maltratar á los inferiores, porque esto va contra los mandamientos de la ley de Dios y lleva al infierno ¿verdad? ¿Es eso?...

—Hay algo más...

—Bien, concedido. Pero todo esto que usted le diría que no se debe hacer porque es un pecado que ofende á Dios, ya sabe él que no debe practicarle porque es indigno de un caballero y de un hombre de bien...

—Pero señor...

—Oígame. Toda la diferencia es esa. Yo quiero que el niño sea virtuoso por amor á la virtud y hon-



rado por amor al honra, pero no por miedo á las calderas de Pero Botero, ni por el afán de irse derecho al cielo...

Y añadió, levantándose y sonriendo:

—El verdadero deber de los hombres de bien, señor cura, cuando ven un buen día después de otros de lluvia, es irse á dar una vuelta por el campo y no estar aquí discutiendo de moral. ¡Arriba, pues! Y si Villaça no está muy cansado, vamos á dar un paseo.

El párroco suspiró como un santo que advierte la negra impiedad de los tiempos y á Belcebú arrebatando las mejores ovejas del rebaño, después miró la taza y sorbió con delicia el resto del café.

Cuando Alfonso de Maia, Villaça y el párroco terminaron su paseo, obscurecía, había luces en las habitaciones y habían llegado ya las Silveiras, ricas señoras que habitaban la quinta de *Lagoaça*.

Doña Ana Silveira, la soltera y de más edad, pasaba por la más lista de la familia y era en achaque de doctrina y de etiqueta gran autoridad en Resende. La viuda, doña Eugenia, limitábase á ser una excelente y pacífica señora, frescachona, morenucha y pestañuda. Tenía dos hijos: Teresita, la *novia* de Carlos, una muchachuela flacucha y viva con los cabellos negros como tinta, y el mayorcito, Eusebio, una maravilla muy famosa en aquella comarca.

Casi desde la cuna demostró ese notable muchacho un edificante amor por la lectura y la ciencia. Aun andaba á gatas y su mayor placer consistía en estar en un rincón, sobre una estera, envuelto en una colcha hojeando *in-folios*, con la cabecita calva de sabio inclinada sobre las letras mayúsculas y las viñetas: después, ya talludito, se pasaba horas y horas inmóvil en una silla, leyendo, urgándose la

nariz: nunca apeteció tambores ni escopetas: pero pedía cuadernos de papel blanco, en cuyas hojas el precoz letrado, con pasmo de la mamá y de Titi, estampaba números y sentencias, con la lengüecita fuera de la boca.

La familia había decidido ya que primero sería bachiller y luego juez. Cuando iba á Santa Olavia la tía Annica le instalaba junto á la mesa, cerca de la luz, para que admirase los dibujos de un enorme y rico volumen, las *Costumbres de todos los Pueblos del Universo*. Allí estaba aquella noche, vestido como siempre de escocés, con el *plaid* á cuadros encarnados y negros, sujeto al hombro por un broche; para que conservara el aspecto noble de un Stuart, de un héroe de Walter Scott, nunca le quitaban el casquete, donde se arqueaba con heroísmo una pluma de gallo; y no había nada tan melancólico como su carita tristoná á la que la abundancia de lombri-ces daba un color amarillento de manteca, sus ojillos apagados y azules, sin pestañas, como si la ciencia se las hubiera ya consumido, pasmados ante las campesinas sicilianas y los feroces guerreros del Montenegro, apoyados en sus escopetas.

Delante del canapé de las señoras hallábase también su fiel amigo, el señor delegado, grave y digno varón que desde cinco años antes estaba pensando casarse con la Silveira viuda, sin decidirse nunca, limitándose á comprar cada año media docena más de sábanas y una pieza de tela para redondear el ajuar. Estas compras se discutían en casa Silveira junto al brasero, y las alusiones discretas é inevitables respecto á las sábanas, á las colchas para abrigarse en invierno, en vez de inflamar al magistrado, le inquietaban. Durante los días siguientes, aparecía preocupado, como si la perspectiva de la santa consumación del matrimonio le produjese el

estremecimiento que se apodera del cuerpo antes de intentar una acción peligrosa, domar un potro ó nadar en el Duero. Entonces, por cualquier motivo especioso aplazábase el casamiento hasta el siguiente año. Y aliviado, tranquilo, el respetable varón continuaba acompañando á las señoras Silveira á visitas y funciones de iglesia, con traje negro, afable, servicial, sonriendo á doña Eugenia, no anhelando más placeres que aquella convivencia paternal.

Apenas Alfonso entró en la sala, diéronle la noticia del contratiempo: el señor juez y su esposa no habían podido acudir porque el magistrado tenía el reuma, y las Brancos habían enviado recado disculpándose, porque aquél era día de tristeza en su casa por cumplir diecisiete años que muriera su hermano Manuel...

—Bien, —dijo Alfonso,—bien. El reuma, la tristeza, el pobre Manuel... juguemos un ratito los cuatro. ¿Qué le parece al señor delegado?

El excelente varón inclinó la calva diciendo que estaba "á sus órdenes."

—¡Entonces á jugar, á jugar!—exclamó el cura restregándose las manos de gusto, pues era un jugador empedernido.

Los adversarios se dirigieron á la salita de juego, separada del salón por un portier de damasco, descorrido ahora, que dejaba ver un tapete verde, y en los círculos de luz que proyectaban las pantallas las barajas extendidas en forma de abanico. Al cabo de un instante volvió el señor delegado, risueño, diciendo que sólo jugaban los otros tres; y volvió á su sitio, al lado de doña Eugenia, cruzando los pies bajo la silla y las manos sobre el vientre. Las señoras estaban hablando del reuma del señor juez. Acostumbraba á irle cada tres meses, y él se empeñaba en no consultar á ningún médico. Y mientras él

se consumía, pálido y débil, su esposa, doña Augusta, engordaba á ojos vistas... La vizcondesa, que había enterrado su gordura en un sillón y tenía el abanico abierto sobre el pecho, contó que en España viera un caso igual: el marido llegó á parecer un esqueleto y la mujer un globo cautivo; hasta se publicaron unos versos de ello...

—Humores —dijo con melancolía el señor delegado.

Después se habló de las Brancos, se recordó la muerte de Manuel Branco, pobrecito, en la flor de la edad. ¡Qué buen muchacho! ¡Qué precioso! Doña Ana Silveira no había olvidado, como todos los años, de encender una lamparilla y rezar tres padrenuestros por su alma. La vizcondesa se afligió por no haberse acordado... ¡Y eso que lo había pensado días antes!

—¡Estuve para recordártelo!—exclamó Ana.—¡Y cuánto lo agradecen las pobrecillas!

—Aun se está á tiempo —observó el magistrado.

Doña Eugenia añadió una malla al *crochet* de que nunca se separaba y murmuró con un suspiro:

—¡Todos tenemos nuestros muertos!

Y se oyó otro suspiro exhalado por la vizcondesa, que de fijo se acordaba del hidalgo de Urigo de la Sierra, y murmuró:

—Sí, cada cual tiene sus muertos...

Y el digno señor delegado acabó por decir igualmente, después de pasarse con lentitud la mano por la calva:

—¡Todos tenemos nuestros muertos!

Todos estaban soñolientos. En los candelabros dorados las llamas de las velas erguíanse altas y tristes. Eusebio miraba con cuidado las láminas de *Costumbres de todo los Pueblos*. Y en el saloncito de juego, por el portier abierto oíase la voz enfurruña-